

Territorios en disputa: la apropiación del espacio urbano tras el estallido social del 18/O. El caso de la plaza de la Dignidad

*Matthew Caulkins*¹

*Mauro Fontana Flores*²

*Felipe Aracena Hrepic*³

*Mabel Cobos Fontana*⁴

Recibido: 2 de marzo, 2020

Aceptado: 19 de mayo, 2020

RESUMEN

La disputa por el espacio de la plaza Italia, rebautizada plaza de la Dignidad, es clave para entender el estallido social del 18 de octubre de 2019. La tesis propuesta en este ensayo es que, a través de la apropiación del espacio urbano, se disputa la construcción de un territorio y de un proyecto político. Para desarrollar esta tesis se proponen tres argumentos concatenados: la ciudad se constituye como el soporte material de la lucha política; el territorio es un proyecto político en permanente construcción y resignificación; y, por fin, el Estado reproduce su proyecto político capitalista, colonial, patriarcal y centralista a través de la ciudad, frente a utopías contrahegemónicas. A partir del registro fotográfico, observaciones, revisión de periódicos y de literatura científica especializada, nos enfocamos en el papel que desempeñan los cuerpos, los objetos y los grafitis en la configuración material de los territorios en conflicto que se manifiestan en la ciudad. Se concluye acerca de las posibilidades para no solo disputar territorios, sino también construirlos a través de estos elementos.

Palabras clave | *espacio, territorios, plaza de la Dignidad, Estado, elementos simbólicos.*

¹ Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Geografía, Universidad de Concepción. matthewwcaulkins@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-2544-1518>

² Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Geografía, Universidad de Concepción.
<https://orcid.org/0000-0002-2818-4863>

³ Universidad Federico Santa María.

⁴ Observatorio Ciudadano.

ABSTRACT**Territories in Dispute: The appropriation of urban space after the O/18 protest cycle. The case of Plaza de la Dignidad**

The struggle for the spaces of Plaza Italia, renamed Plaza de la Dignidad, is key to understand the protest cycle beginning October 18, 2019. The thesis proposed in this essay is that the appropriation of urban space leads to the construction of territory and the struggle for a political project. To develop this thesis, three arguments are proposed: the city itself is the material base of the political struggle; territory can be understood as a political project permanently under construction and resignification; and finally, the state reproduces its capitalist, colonial, patriarchal and centrist political project in the city, as it faces counter-hegemonic projects. From the analysis of photographs, observations, literature review both of newspapers and academic literature, we focus on the role that bodies, objects and graffiti play in the configuration of territories, the conflict and the city. The article concludes about the possibilities to not only struggle for territories but also build new ones through these elements.

Keywords | *space, territories, Plaza de la Dignidad, state, symbolic elements.*

INTRODUCCIÓN

“En medio de esta América Latina convulsionada, Chile es un verdadero oasis con una democracia estable” (Baeza, 2019). Con estas palabras, el 8 de octubre de 2019, el presidente Sebastián Piñera comparaba la situación de Chile con otros países de la región, como Bolivia o Ecuador, que por aquel entonces atravesaban graves crisis políticas. Lo que no imaginaba el mandatario es que exactamente diez días después, Santiago, la capital del país, ardería literalmente en llamas, y el oasis sobre el cual se ufanaba —si es que alguna vez lo fue— no era más que un espejismo.

Las frustraciones y anhelos que por tantos años la ciudadanía había volcado en las calles, sin ser escuchada por los distintos gobiernos —una educación gratuita, salud de calidad o pensiones dignas—, finalmente explotaron ante la inminente alza de los pasajes del metro. La frase “No son 30 pesos, son 30 años” se hizo viral y reflejaba el quid del descontento: la creciente desigualdad, los abusos sistemáticos, la negligencia del Estado. La rabia organizada que comenzó

con la evasión del metro de los y las estudiantes secundarios, se transformó en una revuelta social donde miles de personas encontraron en plaza Italia —como lo habían hecho en otras ocasiones— un punto de encuentro y protesta, el cual devino la “zona cero” del estallido social.

Esta apropiación del espacio abrió paso a una disputa política por la ciudad y sus elementos materiales y simbólicos. Así es como plaza Italia se llenó de colores, de banderas chilenas, mapuche, de la diversidad sexual y *wiphalas*, de lienzos, afiches, grafitis, rayados y carteles. Y como fue la tónica en otros lugares del país, esta plaza no tardó en ser rebautizada por los y las manifestantes como plaza de la Dignidad o plaza Dignidad.

Figura 1. Plaza de la Dignidad, ex plaza Italia



Fuente: Fotografías de los autores

LA PARADOJA DEL ESPEJISMO DE UN OASIS

Más allá de las demandas de fondo, nos preguntamos qué es lo que emerge con esta postal del estallido social; con este particular despliegue en el espacio de miles de personas que disputan cotidianamente, durante meses, la ocupación de este neurálgico lugar de la ciudad frente a las fuerzas de orden público del Estado. Luchan por él recurriendo al enfrentamiento directo, a bailes, performances, grafitis, cánticos, gritos, o al simple hecho de copar las calles impidiendo el tránsito vehicular, entre un bullente comercio informal que brota por doquier; todos juntos y a la vez, en una mancomunada coreografía de desobediencia civil.

La mirada establecida por el mandatario de turno, así como la de todos sus predecesores durante las últimas tres décadas, da continuidad a un relato argumental sobre la estabilidad de las instituciones del Estado, como soporte para una imagen-país basada en el orden y la prosperidad económica, principal atractivo para un mercado mundial de *commodities* y servicios, dentro de un entorno regional marcado por la permanente inestabilidad de sus instituciones. Pero, en la práctica, se trata de una imagen-país que se edifica a partir de la materialidad de esta ciudad-capital, bajo la impronta histórica de un Estado centralista que la cobija. La postal del país próspero, moderno y ordenado se imprime sobre la imagen de un Santiago de clase mundial, la plaza de negocios mejor posicionada y de mayor estabilidad de América Latina, que emerge a partir de la década de los noventa del siglo XX. Se trata de una representación levantada gracias a una serie de arreglos institucionales de corte neoliberal hechos una década antes, que favorecieron una rápida y próspera acumulación de capitales fiduciarios en esta ciudad (De Mattos, 1999). Todos ellos, mecanismos que allanaron el camino para el emplazamiento dentro de la región de las más importantes firmas internacionales de todo orden, junto a un desarrollo de infraestructuras que propiciaron la mayor movilidad internacional de bienes y personas que nunca antes vivió el país.

No obstante, la imagen de esta ciudad de clase mundial no es sino la imagen de su cono de alta renta; de aquella parte de la ciudad prolijamente segregada mediante esos mismos arreglos estructurales implementados cuatro décadas antes, que permitieron la concentración de las mayores plusvalías de suelo urbano del país en un acotado sector de la ciudad, allí donde se emplazaron las sedes de grandes firmas comerciales, junto a la residencia de los propios

gobernantes. La imagen del oasis, entonces, no es sino un espejismo amplificado, una metonimia de la realidad construida de un sector urbano que se asume como la imagen de una ciudad, de una ciudad que se asume como la imagen de un país.

La puerta de entrada a ese oasis, a ese sector privilegiado de la ciudad, es plaza Italia/plaza Dignidad. La dinámica de crecimiento de la ciudad lo transformó en el punto de encuentro geográfico de las cuatro cardinalidades de la metrópoli; en el lugar natural de la conmemoración colectiva; en la frontera donde convergen distintas clases sociales (Retamal & Retamal, 2019). Porque dentro de la memoria y la cultura urbana de esta ciudad se inscribió a fuego que, al oriente de plaza Italia, habitan las clases altas. Algo que no desmiente su ubicuidad, configurando el vértice del cono de alta renta que delimita, de aquí hacia el oriente, a las comunas con mayor plusvalía de la ciudad. Tal situación es lo que explica la disputa por la ocupación de este espacio entre los agentes del Estado —que buscan restaurar el orden urbano preestablecido, expresión de la estabilidad de sus instituciones— y la agencia multiforme de miles de actores diversos, que convergen aquí cada día tras el estallido social, subvirtiendo de diversos modos ese código. Se instala así una subversión a través de la cual se manifiesta la tensión entre las distintas racionalidades que coexisten en ese espacio,⁵ invisibles bajo la aparente homogeneidad de un país, isomórfico entre territorio y nación, hasta antes del estallido.

La tesis que planteamos a partir del caso es que esta disputa por la apropiación del espacio urbano cobra un sentido en sí misma —más allá de las demandas sociales que enuncia—, pues es la manifestación de distintos territorios que están en construcción y en conflicto. Encarna la pugna entre distintas proyecciones políticas colectivas sobre el espacio, que se materializan sincrónicamente en la ciudad. Qué elementos permanecen, cuáles se reutilizan, cuáles se destruyen o cuáles se resignifican, es clave para comprender los límites establecidos entre estos territorios que entran en conflicto y se configuran como partes de una misma ciudad.

⁵ Santos (2000 plantea la idea de racionalidad del espacio a partir de los desarrollos de Habermas y Max Weber, entendiéndola como “la forma capitalista de la actividad económica, la forma burguesa de los intercambios a nivel del derecho privado y la forma burocrática de la dominación” (p. 246). En contraposición a tal racionalidad hegemónica, este autor habla de “contra-racionalidades”, las cuales “se localizan, desde un punto de vista social, entre los pobres, los migrantes, los excluidos, las minorías; desde un punto de vista económico, entre las actividades marginales, tradicional o recientemente marginalizadas; y desde un punto de vista geográfico, en las áreas menos modernas y más ‘opacas’, convertidas en irracionales para los usos hegemónicos” (p. 262).

Tras este planteamiento, consideramos que existen tres argumentos clave: i) que la ciudad se constituye como el soporte material de la lucha política; ii) que el territorio es un proyecto político en permanente construcción y resignificación; y iii) que el Estado reproduce su proyecto político capitalista, colonial, patriarcal y centralista a través de la ciudad, frente a utopías contrahegemónicas.

A continuación, a partir del registro fotográfico y las observaciones obtenidas por los autores en la denominada “zona cero” del conflicto que tuvo lugar en Santiago entre octubre de 2019 y febrero de 2020, así como de la revisión de periódicos y literatura científica especializada, desarrollamos estos argumentos, poniendo de relieve sobre todo el papel que desempeñan los cuerpos, los objetos y los grafitis en la configuración material de esos territorios en conflicto que se manifiestan en la ciudad.

CIUDAD, SOPORTE MATERIAL DE LA LUCHA POLÍTICA

Haciendo eco de los planteamientos de Lefebvre (1976) y de Massey (1992), la ciudad viene a formar parte crucial de este llamado “estallido social”, pues son sus elementos materiales y simbólicos los que dan forma a la disputa política y los que permiten la delimitación de los nuevos territorios que se proyectan.

En tiempos cuando la ciudad parecía estar definida de manera decisiva y absoluta por la acumulación neoliberal (Señoret & Link, 2019) y la pospolítica (Romano & Parra 2017), de súbito vuelven a aparecer la lucha y la protesta callejera, no solo como expresiones de un descontento social, sino como agentes productores de una nueva realidad urbana. La irrupción de nuevos/viejos actores políticos, junto a un repertorio de acciones y objetos determinados, modifican la comprensión del espacio urbano concebido y producido en Chile bajo la lógica capitalista neoliberal de los últimos cuarenta años.

La ciudad no solo es el escenario de las proyecciones hegemónicas del Estado, sino un producto de la reacción y la resistencia, de la posibilidad de construir una realidad “otra”, desde la precariedad y organicidad de las y los actores libremente autoconvocados en el espacio público, sobre todo en aquellos lugares significados como objeto de disputa simbólica frente al poder hegemónico a partir del estallido social, como es el caso de la plaza Italia/plaza Dignidad. La ciudad se produce tanto a partir del lento incremento de las prácticas cotidianas de sus habitantes y los planes del Estado por construir una

sociedad burocrática del consumo controlado (Butler, 2012), como por los conflictos surgidos entre los distintos grupos en el espacio. Así se manifiesta en este caso, donde es la propia disputa la que reorganiza y resignifica el espacio, a través del uso que las y los manifestantes hacen de sus cuerpos, de los objetos y los grafitis, como elementos clave para producir una nueva espacialidad urbana que emerge.

La nueva fisonomía del espacio que aparece se da primeramente por el combate diario entre la denominada primera línea⁶ y Carabineros. Se crea una nueva calidad espacial en el momento del enfrentamiento, tanto por los grupos de encapuchados que avanzan y retroceden estratégicamente, como por los proyectiles que vuelan y los puntos de láser que se pasean por las viseras de las Fuerzas Especiales (Cáceres, 2019). Esa nueva espacialidad se crea, además, por la presencia de los “guanacos” con sus chorros de agua y el uso de los controvertidos balines antidisturbios. Sin embargo, esa transformación de la calidad del espacio no solo se da en el momento del enfrentamiento, sino que persiste en el tiempo. La mañana después de los enfrentamientos es posible observar en el sector una gran cantidad de destrozos en aceras y mobiliario público y privado, y múltiples grafitis y afiches en las paredes, con variopintos mensajes. Persiste aún el gas lacrimógeno de las contiendas y se siente un vacío casi fantasmagórico.

La resignificación del espacio se puede percibir en cambios realizados en ciertos objetos durante la lucha. Los objetos materiales resignificados involucran la deshabilitación de veredas, paraderos, rejas y semáforos y su utilización para fines distintos de los originales. Las veredas se rompen para crear los proyectiles que se arrojan a las Fuerzas Especiales de Carabineros durante las manifestaciones. Más allá de esa utilidad puntual, la destrucción de las veredas también contribuye a crear un paisaje desolado en las cercanías de la plaza Dignidad, que perdura incluso el día después de los enfrentamientos (Figura 2). Así se marca la disputa por el espacio en las calidades sensibles de ese lugar. Lo mismo pasa con la destrucción de paraderos y hasta de rejas, que han servido como elementos punzantes. Como objetos físicamente accesibles,

⁶ Según la Real Academia Española, la primera línea es la línea de territorio en que se enfrentan los ejércitos. En jerga militar, es la posición más cercana al área de conflicto. Aquí la entenderemos como aquellas personas, mujeres y hombres, que se posicionan cuerpo a cuerpo frente al aparato de orden y seguridad del Estado; en su mayoría, jóvenes que intentan con escudos, palos o piedras, que las fuerzas de orden retrocedan y así dar curso a la marcha o manifestación convocada.

se echa mano tanto de las veredas y los paraderos (espacio público) como de las rejas (límite entre espacio público y privado), y así se plasma la disputa en el espacio.

Figura 2. Destrozos en las cercanías de la ex plaza Italia



Fuente: Fotografías de los autores

Fuera de esos primeros elementos, también está la deshabilitación de los semáforos, sea interrumpiendo su funcionamiento o derribándolos, con lo que se logra cambiar de forma significativa las calidades del espacio circundante. La ausencia del semáforo en funcionamiento obliga a los automóviles a bajar su velocidad para negociar lentamente los cruces. En algunos casos pareciera haber una nueva educación cívica, donde los automóviles toman turnos para cruzar. En otros, aparecen los “semáforos humanos”, gente que coordina el cruce a cambio de algunas monedas. Tanto en un caso como en el otro, transforman el espacio, dándole una calidad diferente de la original. Pasa a ser un lugar donde se lee la disputa, aun cuando no hay presencia en ese momento de enfrentamientos. Es como si la disputa dejara su rastro en los horarios en que no están físicamente presentes las protestas, a través de las huellas materiales de los destrozos y de los semáforos caídos. El espacio, como hemos dicho, pasa a ser el soporte (y la huella) de la lucha política. Pero más que eso, la disputa marca un territorio.

TERRITORIO COMO PROYECTO POLÍTICO

A nuestro juicio, el reconocimiento de la existencia de marcadores que delimitan nuevos territorios fruto del conflicto, se da por la presencia de una proyección política en construcción que resignifica el espacio. Como insiste Melé (2003), los conflictos territoriales territorializan la acción política. Los conflictos no son el inicio de las relaciones, sino que removilizan a los actores en el espacio, justamente amplificando la territorialidad (Stamm & Aliste, 2014). En ese sentido, Halvorsen (2019), a partir del estudio de los movimientos sociales latinoamericanos, define territorio como “la apropiación del espacio para la consecución de proyectos políticos” (p. 790; traducción nuestra).

A partir del estallido social, e incluso antes,⁷ queda en evidencia que la disputa por el espacio refleja diversas proyecciones políticas que emergen y se contraponen al proyecto hegemónico del Estado, encarnado en la morfología urbana presente. Es la acción política materializada en la ciudad la que establece nuevas marcas y delimita un nuevo territorio contrahegemónico. Son los rayados y grafitis, la masividad de los cuerpos copando las calles, así como la

⁷ Cabe mencionar que, antes del estallido social, ya se habían desarrollado marchas y manifestaciones multitudinarias en plaza Italia y sus alrededores. La marcha del 8 de marzo de 2019, convocada por la Coordinadora Feminista 8M, fue considerada la más masiva en la historia del país, como una antesala a la que se vería el 25 de octubre, con más de un millón de asistentes, en la que se consideró “la marcha más grande de Chile”.

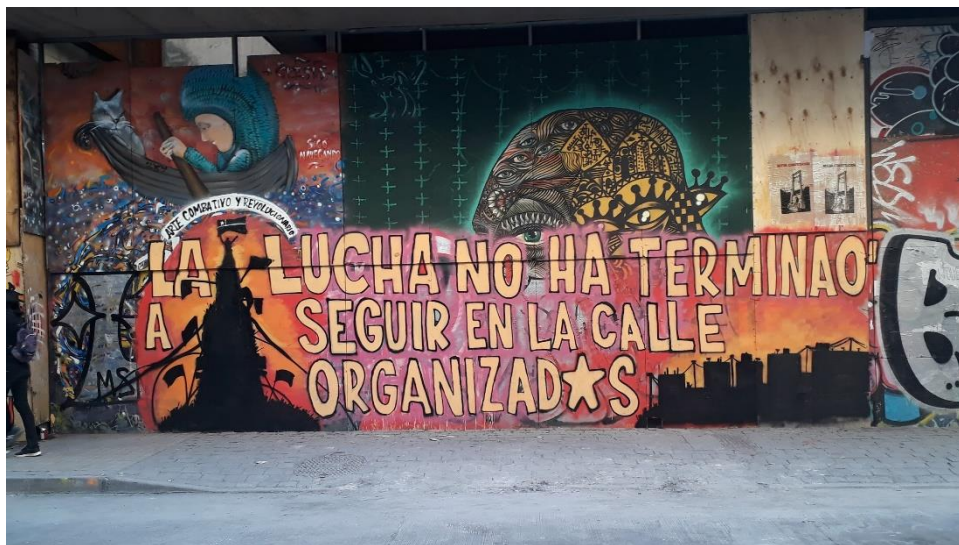
apropiación y el uso de diversos objetos públicos y simbólicos, los que ayudan a delimitar un nuevo territorio que, aunque emerge temporalmente, se desarrolla fuera de los márgenes del orden hegemónico estatal. En su interior autogobernado, cada día se plasman las diversas utopías contrahegemónicas, antipatriarcales, anticoloniales, veganas, entre otras, que articulan la organicidad espontánea de la desobediencia civil.

En primer lugar, los grafitis son los elementos más pregnantes⁸ que definen ese nuevo territorio que comparece en torno a la plaza Italia/plaza Dignidad y las calles aledañas (Figura 3). Delimitan el lugar donde se expresan con total libertad las ideas respecto al conflicto social desatado, y que van desde el llamado a la resistencia hasta aquel que convoca a la construcción de nuevos mundos posibles, fuera de las lógicas imperantes de los últimos treinta años. Sin embargo, nuestro argumento no es que los grafitis sean marcadores territoriales solo por cubrir los muros de ese trozo de ciudad recuperado al orden establecido, sino que lo son porque ayudan a construir un nuevo relato histórico sobre esa misma ciudad, y sobre su sociedad segregada e invisibilizada por décadas. Dan materialidad a las memorias de sus habitantes postergados, haciendo emerger un nuevo territorio común, que se proyecta a partir de la convergencia de todas y todos en ese lugar.

Fue así como las calles aledañas a la plaza se inundaron de mensajes con un sentido de ánimo colectivo, tales como “Vamos a vencer”, “La victoria será nuestra”, “Ya no hay miedo”, “Ahora nada nos puede parar”, “Después del fuego, brotaremos como árbol nativo” y “El pueblo vencerá”, entre otros. O también, dando un tono lúdico a la lucha, como “Esta es nuestra fiesta triunfal” y “La belleza de la desobediencia”. Asimismo, existen textos portadores de una nueva carga mística, un llamado a trascender el presente: “Todas las balas se van a devolver” y “Kien muere luchando vive pa siempre”. En estos escritos no está en juego la veracidad de las frases, sino el aliento a luchar una batalla desigual, por un mañana distinto. Por la construcción de un nuevo territorio utópico, que se está forjando desde el presente.

⁸ ‘Pregnancia’ es un término usado en arquitectura, y alude a la cualidad figurativa más reconocible que caracteriza a una obra y que puede captarse en un golpe de vista. Dicha cualidad está vinculada a la forma, el color, la textura y otras características que hacen que el observador pueda captarla de manera rápida y simple.

Figura 3. Grafitis llamando a la resistencia en una pared de avenida Vicuña Mackenna



Fuente: Fotografías de los autores

Por su parte, las marchas que se tomaron la avenida Bernardo O'Higgins (Figura 4) y el entorno de la plaza Dignidad también contribuyen a construir este nuevo territorio temporal que emerge con el conflicto, el cual desestructura el territorio funcional de la libre circulación del automóvil y el transporte público. La reunión de miles de cuerpos copando las avenidas y calles crea un territorio alternativo de forma prefigurada que impide la movilización de bienes y servicios, para dar emplazamiento de forma momentánea a las diversas utopías contrahegemónicas. Cada grupo organizado, o individuo, tiene lugar para el desarrollo de su protesta, sus ideas o sus propuestas. Porque en este nuevo territorio no sujeto a las formas de reproducción capitalista, todos, todas, todes caben. Desde la diversidad de pancartas, las ollas comunes, las comparsas de música, hasta los grupos de apoyo de salud e hinchadas de fútbol, coexisten articulando ese nuevo territorio.

Figura 4. Marcha a través de la arteria principal de la ciudad, avenida Libertador Bernardo O'Higgins



Fuente: Fotografías de los autores

Aquí se da forma a las identidades en resistencia a través de la performance, definiendo nuevas fronteras territoriales demarcadas por elementos tanto materiales como simbólicos, así como por nuevas acciones e interacciones sociales. En este sentido, casos —por ejemplo— como el de la obra teatral *El violador eres tú*, cuyo estreno se postergó justamente por el estallido social y que mutó a performance callejera replicada aquí y a lo largo de Chile y el mundo, es un ícono en hacer comparecer una nueva lectura antipatriarcal sobre el espacio. Define una nueva frontera respecto de concepciones ideológicas anquilosadas en las definiciones territoriales del propio Estado-nación, cuyo resguardo se sigue sosteniendo en el uso exclusivo de la violencia a través de las Fuerzas Armadas.

Sobre lo anterior, grafitis como “El paco no es marikón, es hétero, asesino, jalero, violador, traidor y ladrón”, acompañan este nuevo relato, que define un nuevo tipo de territorio que se busca demarcar.

El proceso iniciado el 18 de octubre, que llegó a congregarse a más de un millón de participantes en los alrededores de la plaza de la Dignidad en un momento dado, no constituye un único movimiento unificado, como lo establece la concepción ideológica del Estado. Más bien corresponde a una unión estratégica y pragmática de muchos grupos diversos y proyectos políticos que comparten muchas frustraciones en común. La diversidad del movimiento queda reflejada en la multiplicidad de los rayados que enmarcan ese territorio, tales como “Anarco feministas contra el Estado policial”, “Aborta el capital”, “Libertad al pueblo mapuche”, “Newen Kompuche”, “No al tpp”, “No + afp”, “a.c.a.b.” (*All Cops Are Bastards* – Todos los Policías son Bastardos), “Go vegan”, entre tantos otros (Figura 5). En la pluralidad de esos mensajes se da una coexistencia pacífica.

No obstante lo anterior, algunos grafitis dejan entrever quiebres dentro de esa organicidad, que replican la condición espacial de la propia ciudad y de quienes convergen en esta plaza, como “Cuico culiao, esta revolución no es tuya”. Declaraciones como esta plantean un marcador espacial respecto de las diferencias socioeconómicas que persisten en el interior del nuevo territorio liberado. De algún modo, en la plaza Dignidad se replica el orden socioeconómico de la ciudad. Así, mientras la performatividad de cánticos y bailes que se da cada día hacia el oriente de la plaza (hacia donde comienza el cono de alta renta) tiene una discursividad en sus letreros más cercana a la aspiración de reformar las estructuras del país, la performatividad que tiene lugar hacia el poniente, marcada por el enfrentamiento directo con las fuerzas policiales, adquiere una discursividad centrada en la transformación radical del Estado. Incluso en su abolición.

Pese a lo anterior, surge otro conjunto de objetos con una fuerte carga simbólica que logra dar una identidad global a estos territorios en construcción. Por un lado, existen varios objetos simbólicos, como los monumentos, impuestos “desde arriba”, que se han derribado o han sido intervenidos aquí y en otros lugares del país, demostrando un descontento hacia símbolos patrios, aquellos que cargan con la violencia del Estado y de un pasado colonial. Se les entrega otra lectura, ya sea desde la historia local, el feminismo o en relación con los pueblos originarios oriundos de aquellos territorios. Se trata de una acción sintomática y sistemática para resignificar un territorio país, donde se busca desde volver sus nombres originarios a cerros icónicos de la ciudad, como Huelén (cerro Santa Lucía) (Figura 6), Tupahue (cerro San Cristóbal),

Huechuraba (cerro Blanco), hasta mantener cautiva e intervenida —de manera permanente— la estatua del general Baquedano, ícono de una historia militar que reconoce héroes de clases altas y olvida a un pueblo anónimo muerto en batalla.

Figura 5. Diversidad del movimiento. A.C.A.B., imagen de mujeres mapuche y “Go Vegan”.



Fuente: Fotografías de los autores

Figura 6. “Cerro Huelén”, rayado en piedra del cerro Santa Lucía



Fuente: Fotografías de los autores

Ahora bien, probablemente uno de los objetos simbólicos que más contribuye a establecer una nueva delimitación del territorio “desde abajo” tras el estallido, es la presencia masiva de la *Wenufoye* o bandera mapuche. Este objeto aparece no como un marcador literal de la presencia mapuche en las manifestaciones (como es el caso en las marchas anuales del 12 de octubre por la Alameda), sino que busca marcar una calidad política distinta al proyecto territorial hegemónico del Estado-nación, que homogeneiza aquellas diferencias culturales que se expresan en la calle.

En contraste con la bandera chilena y su simbolismo asociado al proyecto del Estado-nación, la bandera mapuche aparece con una mayor resonancia para la sociedad “desde abajo”, que se reconoce con un pasado indígena y en un presente de lucha de un pueblo que sigue disputando su espacio al Estado en pleno siglo XXI. Según Pairicán (2019), su presencia se entiende como un indicio de que las clases populares son más plurinacionales que la clase gobernante “desde arriba”. Aparecida el 6 de octubre de 1992, bajo el alero del movimiento mapuche articulado contra las celebraciones del quinto centenario de la llegada hispana a América, fue declarada ilegal por el Estado en un inicio. Como señala Jorge Weke, su creador, nació en medio de una batalla hostil (Pairicán, 2019). Aun cuando hoy es aceptada en el espacio público bajo el creciente reconocimiento otorgado por las políticas multiculturales neoliberales a los pueblos indígenas durante las últimas dos décadas, y muchos municipios la enarbolan junto a la chilena, sigue siendo asociada a una cultura de resistencia, a la aspiración a un territorio más horizontal e igualitario, distinto al pasado colonial del Estado-nación.

Figura 7. La *Wenüfoye*, la bandera mapuche

Fuente: Fotografías de los autores

EL ESTADO Y SU PROYECTO POLÍTICO: LA CONSTRUCCIÓN TERRITORIAL DE LA CIUDAD

No hay nada nuevo en establecer que el Estado es una entidad compleja. Con su porosidad y lo rizomático de su crecimiento, se encarga de establecer una comunidad ilusoria, plasmada en un territorio, con una marcada identidad y un dominio específico. No obstante, el Estado no es solamente dominio; de manera sintética, el Estado también es poder. Su relevancia radica en que su esfera política genera hegemonía y homogeneiza territorios e identidades, y lo logra través del establecimiento de un proyecto político propio. En el caso de Chile, se trata de un Estado-nación de carácter colonial en cuanto a sus orígenes, pero capitalista, centralista y patriarcal en lo económico e institucional.

En términos históricos, el actuar del Estado contemporáneo se basa en una idea moderna de la construcción del Estado-nación. Tomando como punto de origen la modernidad capitalista, el Estado es aquella entidad que permite la cohesión social entre individuos a través de un contrato o pacto social. Nicolás Maquiavelo menciona en su obra *El Príncipe* ([1532] 1983) la importancia de

generar centralidad y uniformidad en la vida del Estado, y para ello busca una serie de símbolos cuya función es resaltar la autoridad del soberano. Sin embargo, con la llegada del capitalismo, la centralidad será completamente diferente a la que tuvo en otras formas históricas previas, como, por ejemplo, en la difuminación del poder característica de la era feudal.

Con la constitución del Estado capitalista se produce una concentración del poder político (Osorio, 2014, p. 32). Ello no niega lo rizomático de esa forma de Estado o su capacidad de establecer redes de poder; más bien, el capitalismo establece un espacio, un territorio, el cual se configura como centralista y estatal. Para el caso chileno, desde su origen republicano el país se ha configurado como un Estado-nación unitario, con una identidad y un territorio homogéneo, el cual se encuentra en disputa con otras identidades y territorialidades que cuestionan esta unicidad, unilateralidad y centralismo del proyecto nacional.

Para Gramsci (2009, p. 135) y Osorio (2014, p. 24), el Estado es un organismo propio de un grupo —en referencia a la clase dominante—, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión de dicho grupo. Por su parte, Bourdieu (2014, p. 17) sostiene que un Estado funciona siempre en el sentido de lo peor, al servicio de los que dominan. Debido a que la construcción estatal latinoamericana históricamente ha estado a cargo de las elites, se entiende que las construcciones hegemónicas en términos culturales, políticos y administrativos se manifiesten donde ellas se encuentren, es decir, en las ciudades.

Santiago, en este caso, refleja esta construcción y reproducción hegemónica, cuya matriz colonial salta a la vista. Su colonialidad aparece como un exacerbado eurocentrismo, en desmedro, por ejemplo, de la historia, saberes, lugares y sistemas de pueblos originarios y afrodescendientes, que son invisibilizados, negados o marginados y que representarían proyectos contrahegemónicos. Adicionalmente, es dentro de este proyecto colonial que surgen los lineamientos de la sociedad capitalista. Y es a partir de ambas bases que se establecen aquellos límites —sean estos concretos o simbólicos— donde se determina lo que se considera descartable en esta construcción hegemónica. Es allí donde el Estado reproduce el trinomio colonialismo-capitalismo-patriarcado y reprime los cuerpos, símbolos y territorios antisistémicos.

En este proceso, la concreción del proyecto político estatal nacional entra en conflicto con aquellas construcciones territoriales contrahegemónicas, haciendo surgir un tejido intersticial donde se produce la conflictividad. En este choque se mide la correlación de fuerzas, desde la construcción simbólica y material que los distintos actores utilizan en las disputas territoriales por la resignificación del espacio, hasta la utilización de la fuerza en los diversos enfrentamientos entre los aparatos represivos del Estado y los agentes productores de una nueva realidad urbana, aquellos que con su proyecto disruptor intentan poner en cuestionamiento al Leviatán (Tapia, 2014).

Pero este cuestionamiento no viene exento de consecuencias. Las múltiples violaciones a los derechos humanos durante el estallido social dieron cuenta de una lucha asimétrica, en la que el Estado, a través de sus dispositivos de orden y seguridad, volcó todo su poder a través de elementos disuasivos (¿o de ataque?), tales como carros lanza agua y gases, bastones retráctiles y escopetas antidisturbios (con perdigones, balines y balas); materialidades que tuvieron como objetivo defender el proyecto político y económico convenido por las elites gobernantes, en contra de manifestantes que en su mayoría se levantaban pacíficamente, en una ciudad sitiada. El resultado fue miles de personas detenidas, cientos de heridos por perdigones, decenas de personas quemadas por químicos extremadamente tóxicos y una veintena de muertos por acción directa o indirecta de las distintas policías.

Quizá lo que más destaque —por la crudeza y brutalidad— sean los más de 350 mutilados oculares durante esta batalla ideológica, política y territorial. Los cuerpos que el Estado marcó para siempre dejan a Chile con un triste récord mundial, superando incluso las pérdidas oculares ocurridas durante el conflicto palestino-israelí (Sminck, 2019). Son cuerpos que el Estado consignó como desechables, indeseables, que deben ser castigados por rebelarse ante su proyecto, sanción que en los casos de Fabiola Campillay y Gustavo Gatica significó una ceguera permanente.

Pese al grado de violencia ejercida, la ciudadanía honró a las y los luchadores del estallido víctimas de la represión (Figura 8), siguió manifestándose y disputando sus derechos y el espacio. En miles de paredes se leía “Nos quieren ciegos”, “En tierra de tuertos, el ciego es rey”, “Ojo por ojo”, “Vivir en Chile vale un ojo de la cara”. Contrariamente a lo que se pensaría, la gente no dejó las calles, sino que la inundó de cuerpos que protegían sus ojos —como si la

normalidad fuese manifestarse con antiparras—, de pancartas y lienzos de lucha y esperanza y nuevos símbolos o simbolismos (como taparse un ojo con la mano o ponerse parches en los ojos) y de representaciones como memoriales populares o velatones de y por los caídos, en distintos puntos de la ciudad y, en particular, en plaza Dignidad.

Figura 8. Performance de cuerpos mutilados



Fuente: Fotografías de los autores

De lo anterior se desprende —citando a Weber (1979, pp. 83–94)— que el Estado es definible por la violencia física que utiliza, a pesar de que no es el único medio por el cual se vale, sino que es su medio específico. Es el único en aquella comunidad ilusoria (Osorio, 2014) que tiene la potestad, la concentración y el monopolio legítimo de la violencia. Para este caso, los símbolos o materialidades que utiliza el Estado contribuyen también a plasmar su proyecto político nacional.

Asimismo, un elemento coercitivo que ha coadyuvado a cristalizar aquel proyecto unitario, homogeneizador y hegemónico ha sido la idea —y su consiguiente concreción— del orden: aquel destino manifiesto propugnado por el político burgués Diego Portales desde el Chile decimonónico; idea vinculada a la obediencia civil frente a la autoridad que, alojada en la estructura de larga duración, ha condicionado el devenir de la construcción tanto del Estado como de la nación, entendida esta última como el tejido social, la esencia que compone al primero. Y es en relación a esto que aquellos agentes que enfrentan el sistema generan espacios de disrupción a ese orden estatal, resquebrajando tanto la idea como la construcción misma de ese posicionamiento estatal patriarcal, colonial y capitalista. Ante este poder que desde arriba emana un orden único, existe un (des)orden que resignifica territorios y espacios. Como diría Foucault (1979, p. 116), allí donde hay poder, también existe resistencia.

Es por ello que ha sido relevante para nosotros evidenciar cómo, al resistir, aquellos sujetos de que hablamos han logrado apropiarse de espacios de la ciudad, y subrayar el caso de la plaza Italia, hoy plaza Dignidad. Y cómo han resignificado aquellos símbolos que históricamente han sido parte del discurso oficial, del proyecto político hegemónico; símbolos que son parte de una entidad dual, la cual tiene la facultad de crear a la vez que destruir comunidad, identidad, espacio y territorio.

CONCLUSIONES

En este ensayo nos propusimos releer el estallido social del 18 de octubre, a partir de su relación con la ciudad. Profundizar a través del caso de la disputa por la ocupación de un lugar emblemático de Santiago, como plaza Italia, hoy rebautizado como plaza de la Dignidad por sus ocupantes, en tanto muestra de cómo la materialidad de la ciudad desempeña un rol clave en la construcción del conflicto político. Nuestra tesis principal era que la apropiación permanente del espacio urbano surgida tras el estallido no solo era una estrategia a través de la cual se visibilizan las demandas sociales, sino que era el modo concreto en que se construían nuevos territorios; es decir, se constituían nuevos proyectos políticos en el espacio. Contrarracionalidades, racionalidades contrarias a la racionalidad hegemónica del espacio.

Para desarrollar esta tesis se propusieron tres argumentos clave: en primer lugar, que la ciudad se constituye como el soporte material de la lucha política; en segundo, que el territorio es un proyecto político en permanente construcción y resignificación; y por último, que el Estado-nación vuelve a reproducir su proyecto político capitalista, patriarcal, colonial y centralista a través de esta misma ciudad, frente a utopías contrahegemónicas. Para develar esto nos enfocamos en el papel que desempeñaban los cuerpos, los objetos y los grafitis de los y las manifestantes, como recursos en la configuración material de nuevos territorios que emergen en conflicto con el espacio urbano hegemónico.

En definitiva, lo que nos evidencia el caso en cuestión es que la ciudad se presenta como un espacio en permanente disputa, un lugar cuya ocupación por los cuerpos, los objetos y los grafitis de los y las manifestantes son materialidades clave para delimitar nuevos territorios temporales que emergen en pugna y contradicción con las definiciones hegemónicas del Estado y su proyecto político, encarnado en la idea de un tipo de orden urbano policial. En esta conflictividad, que posee claros tintes asimétricos, entran en juego las correlaciones de fuerza de cada grupo. Y allí el Estado, para plasmar su proyecto político, seguirá utilizando la fuerza como mecanismo legítimo, así como la institucionalidad capitalista. Por otro lado, para quienes resisten, ellas y ellos, la resignificación del espacio mediante la apropiación de aquellos símbolos trascendentales que dan coherencia a la construcción hegemónica del Estado-nación, es de suma relevancia: configura el camino para dar proyección política

a una nueva realidad posible.

Así, el estallido vino a romper con el gran paradigma institucional de Chile como país estable, que respeta la institucionalidad, la democracia y con bajos índices de corrupción, sobre todo comparando estas categorías con los países vecinos. De hecho, esta explosión social o reventón histórico —como especialistas en el tema lo han tildado (Salazar, 2019)— desemboca en un acto catártico plagado de rabia, caos, destrucción, y que trae consigo una nueva comprensión de la ciudad. En este “caos” y (re)ordenamiento de lo establecido se intenta cercar al Estado-nación e, implícitamente, se halla el deseo de modificar todo tipo de paradigmas heredados del siglo XX e inclusive del siglo XIX, que aún permanecen encarnados en los mecanismos de despojo implementados por aquel Chile moderno a la vanguardia liberal del continente.

En esa encrucijada política e ideológica, tensionada por un cúmulo de demandas sociales postergadas que parecen debatirse solo en el mundo de las ideas, la plaza Italia para unos, plaza de la Dignidad para otros, sigue desempeñando un rol relevante, como lugar que define una frontera entre territorios contrapuestos, sea en lo simbólico que representa, o en lo estratégico de su ubicuidad para el funcionamiento urbano. Así, observamos cómo el cerco policial siempre contuvo cualquier ascenso de la masa manifestante hacia el oriente de la ciudad, hacia aquel cono de alta renta convertido en imagen país, oasis de unos pocos, espejismo para muchos. Asimismo, observamos cómo esta plaza se convirtió en la antorcha encendida de un país invisibilizado, en el punto central de un círculo de heterogéneas demandas sociales y políticas que procuraron copar el espacio, hacerlo suyo y configurar un nuevo territorio liberado de las dinámicas de esa ciudad neoliberal, ícono del país desarrollado pregonado por el presidente. Por eso no es de extrañar que el día 3 de abril de 2020, luego de decretada la irrupción de la pandemia en el país y el obligatorio vaciamiento de las calles por parte del Estado, el mismo mandatario acudiera a este lugar a sacarse una foto en una plaza desolada, repintada y pacificada a la fuerza, como signo de un aparente regreso al orden urbano-estatal establecido (“Piñera visitó Plaza Italia y posó para fotografías en monumento al general Baquedano”, 2020).

BIBLIOGRAFÍA

- Baeza, A. (2019, oct. 8). Piñera asegura que “en medio de esta América Latina convulsionada, Chile es un verdadero oasis con una democracia estable”. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/politica/noticia/pinera-asegura-medio-esta-america-latina-convulsionada-chile-verdadero-oasis-una-democracia-estable/851913/>
- Bourdieu, P. (2014). *Sobre el Estado*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, C. (2012). *Henri Lefebvre: Spatial politics, everyday life and the right to the city*. Abingdon, UK: Routledge-Cavendish.
- Cáceres, C. (2019, nov. 19). Crónica sobre la “Primera Línea” de las manifestaciones: Una batalla de David contra Goliat. *The Clinic*. <https://www.theclinic.cl/2019/11/19/cronica-sobre-la-primera-linea-de-las-manifestaciones-una-batalla-de-david-contra-goliat/>
- De Mattos, C. A. (1999). Santiago de Chile, globalización y expansión metropolitana: lo que existía sigue existiendo. *eure*, 25(76), 29–56. <http://dx.doi.org/10.4067/S0250-71611999007600002>
- Foucault, M. (1979). *Historia de la sexualidad I. La voluntad del saber*. México, DF: Siglo XXI.
- Gramsci, A. (2009). *La política y el Estado moderno*. Madrid: Diario Público.
- Halvorsen, S. (2019). Decolonising territory: Dialogues with Latin American knowledges and grassroots strategies. *Progress in Human Geography*, 43(5), 790–814. <https://doi.org/10.1177%2F0309132518777623>
- Lefebvre, H. (1976). Reflections on the politics of space (Trad. M. Enders). *Antipode*, 8(2), 30–37. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8330.1976.tb00636.x>
- Maquiavelo, N. (1983). *El príncipe*. Madrid: Sarpe. [Primera versión impresa, 1532].
- Massey, D. (1992). Politics and space/time. *New Left Review*, 1196, 65–84. <https://newleftreview.org/issues/1196/articles/doreen-massey-politics-and-space-time>
- Melé, P. (2003). Conflits, territoires et action publique. En P. Melé, C. Larue & M. Rosemberg (eds.), *Conflits et territoires* (pp. 13–32). Tours: Presses universitaires François-Rabelais.
- Osorio (2014). *El Estado en el centro de la mundialización*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.
- Pairicán, F. (2019, nov. 4). La bandera Mapuche y la batalla por los símbolos. ciper académico. Columna de opinión. <https://ciperchile.cl/2019/11/04/la-bandera-mapuche-y-la-batalla-por-los-simbolos/>
- Piñera visitó Plaza Italia y posó para fotografías en monumento al general Baquedano. (2020, abril 3). *La Tercera*. <https://www.latercera.com/nacional/noticia/pinera-visito-plaza-italia-y-poso-para-fotografias-en-monumento-al-general-baquedano/AYTHRXBJPFFIPIX7HBGF4VTVFI/>

- Retamal, F. & Retamal, P. (2019, dic. 5). Historia de la Plaza Italia: la invención de un hito urbano. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/culto/2019/12/05/historia-plaza-italia-dignidad/>
- Romano, S. & Parra, I. D. (2017). El Estado en América Latina: entre el neodesarrollismo y la postpolítica. Aportes desde Guatemala. *Ciencias Sociales y Humanidades*, 3(2), 43-59. <https://digi.usac.edu.gt/ojsrevistas/index.php/csh/article/view/277>
- Salazar, G. (2019, octubre). El “reventón social” en Chile: una mirada histórica. *Revista Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/protestas-Chile-estudiantes-neoliberalismo/>
- Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel Geografía.
- Señoret, A. & Link, F. (2019). Densidad urbana, forma y sociabilidad en la ciudad neoliberal: el caso del barrio Santa Isabel en Santiago de Chile. *Revista de Urbanismo*, (41), 1-17. <https://doi.org/10.5354/0717-5051.2018.50567>
- Sminck, V. (2019, nov. 8). Protestas en Chile: la “epidemia” de lesiones oculares que ponen en entredicho al gobierno de Piñera. *bbc News Mundo Cono Sur*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50354968>
- Stamm, C. & Aliste, E. (2014). El aporte de un enfoque territorial al estudio de los conflictos socio-ambientales. *F@ro: Revista teórica del Departamento de Ciencias de la Comunicación*, 2(20), 66-78. <https://www.revistafaro.cl/index.php/Faro/article/view/348/257>
- Tapia, L. (2014). *El Leviatán criollo*. La Paz: Autodeterminación.
- Weber, M. (1979). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.